

# TOPOGRAFIEN DES KÜNFTIGEN TOPOGRAFÍAS DE LO VENIDERO



© Sandra Feferbaum

## Palabra sin objeto, de Mariana Dimópulos

Leído en el marco del encuentro “Topografías de la traducción: la ciudad, sus culturas sus versiones” - Buenos Aires, octubre 2019



En Berlín, hay un río donde dos hombres caminan sobre el agua. Quien conozca la ciudad más allá de los típicos centros turísticos quizá lo sepa. Son tres gigantes de metal y están ahí, innegables, una materia estable y bien visible, también en el recuerdo. Detrás, una torre y a un lado una serie de edificios bajos. Como son parte de la ciudad, también pueden ser parte de los libros que la relatan y retratan. Esto ocurre, por ejemplo, en una novela del escritor alemán Ulrich Peltzer, *Teil der Lösung*, Parte de la solución. Se trata de una referencia fugaz sobre ese lugar junto al *Eisenbrücke*, en una escena en que dos personajes viajan por Berlín en el tren elevado. Los traductores sabemos que esos asuntos fugaces en las novelas a veces nos reservan dificultades especiales. Y sobre una de esas dificultades quisiera detenerme hoy para hablar de lo que, creo, está en juego a la hora de pensar la traducción, además de las lenguas y significados, siempre tan mentados: la *materia* ahí en el mundo.

Partimos, como esta misma convocatoria lo hace, de una doble definición de traducción: la traducción es tanto acción como efecto. Claro que en más de un sentido, esas dos instancias no son separables. En la traducción como efecto, es decir, en el resultado del proceso de traducir, la materia y los materiales, y los límites que estos materiales nos imponen, han sido reconocidos, discutidos y analizados: la traducción como efecto es producto de un proceso de producción con actores que llamamos sociales. En el caso de la traducción editorial, resultan visibles y concretos, aunque no sean de metal: los editores, los agentes, las instituciones de promoción, las ferias, las universidades, los críticos, los libreros: toda esa red que existe alrededor del libro, y el libro mismo, todavía -para alegría de algunos, entre los que me incluyo- en su materialidad del papel. En una clásica teoría de la sociedad diríamos que todo eso es parte de las *condiciones materiales* en que ocurre la traducción como efecto o resultado. También sabemos que, a su vez, estas condiciones tienen su influjo sobre la acción de traducir. Aunque en soledad ante su escritorio, con su texto, el traductor no está aislado, ni todo lo resuelve solo, ni es ajeno a la materia, empezando por la del dinero que recibe por su trabajo (o la materia que compra con ese dinero).

Y sin embargo, tendemos a pensar el traducir, la traducción en tanto acción, como un fenómeno que ocurre entre textos, a lo sumo entre lenguas, un acto inmaterial del traductor que se resuelve siempre con la ayuda de un saber y de algún manual. ¿De qué se trata esa traslación? La pregunta por lo que une a dos palabras en dos lenguas distintas es antigua. Se lo llama sinonimia o significación, por lo general. ¿Pero exactamente qué sabemos, o mejor, qué no sabemos cuando no sabemos una palabra en otra lengua? Para eso están los diccionarios, dijeron los lingüistas, los bilingües para los apurados y los monolingües para los pensativos. La ambrosía, por ejemplo, mencionada en los textos griegos. ¿Sabemos por la explicación, hecha de palabras, lo que era esa bebida inventada para los dioses hace más de dos mil años?

Un filósofo, hace un siglo, declaró famosamente que para conocer el significado de la palabra queso había que tener, a fin de cuentas, un conocimiento personal, algún tipo de experiencia en común con el queso. Un lingüista le respondió más tarde que solo hacía falta una definición -hecha de meras palabras- de queso para saber lo que significaba. Y adjuntó la explicación en cuestión, sobre leche cuajada y estacionada, que a más de uno de sus lectores habrá dejado en penumbras, a menos que hayan probado el queso alguna vez.

Así, aunque con poca conciencia de esto, hace casi diez años me topé con un misterioso pasaje de una novela de Ulrich Peltzer que transcurre en Berlín, pasaje que esperaba ser traducido por mí al castellano. “Eine hünenhafte Stahlskulptur stand im Wasser, marschierender Mann.” Aunque haya tardado su tiempo, el recuerdo de Berlín y su escultura de gigantes de metal en el agua volvió a mi cabeza y pude traducir sin resquemor. No solo traduje las palabras “escultura de acero”, un hombre en marcha, sino algo más.

¿Qué traduje además de las palabras?

Pero la frase estaba precedida por otra, parte de la misma descripción. Decía: al otro lado de la avenida, la torre brillante de los seguros Allianz se alzaba por sobre el estruendo del tráfico, o del tráfico retumbando. Y detrás... "ein Kamm von schuppigen Glasriegeln am Flussufer." ¿Qué había detrás? Mi recuerdo no mostraba nada más allá de los gigantes y la torre de la aseguradora. La imaginación pronto empezó a dibujar un edificio sobre la avenida (aunque claramente el texto hablaba de la orilla del río), menor, con ventanas minúsculas como escamas que, abiertas, hacían sus guiños con el reflejo del sol.

Entre los agentes sociales involucrados en la traducción, en algunos casos felices de contemporaneidad se cuenta también el propio escritor. Entonces ocurre que, si estamos en Buenos Aires, lejos de ese río, de ese edificio y de ese sol (sol único pero que ilumina distinto, el que haya estado allá lo sabrá), podemos mandar un mensaje de auxilio del traductor al autor y decir: para este problema, ni los textos ni los diccionarios me alcanzan.

En el entramado de lugares y tiempos en que se dan las novelas y las vidas, a veces la coincidencia no es solo temporal. Peltzer escribió desde y sobre una ciudad en la que yo, traductora, había vivido. Pero puesta a traducir, mi recuerdo no alcanzaba. Por entonces, todavía no estaba en plena marcha el Google Earth. Así que, junto con otras, mandé mi pregunta al autor. La materia de mi lengua -el castellano- que me limita y me da posibilidades al escribir y al traducir, límites y posibilidades discutidos desde el Renacimiento al menos, límites y posibilidades tan clásicos como la queja de "no me alcanzan las palabras", dichas por los alemanes, los ingleses, los franceses en diversos siglos, no era el problema. ¿Qué decía ese "peine de barras de cristal escamadas"?

Me di cuenta de que no necesitaba mejores palabras castellanas para las palabras alemanas. Necesitaba el referente, la *materia*. Un objeto, detrás de esa batería de herramientas retóricas de la frase de Peltzer. Aquella materia se abrió camino desde Berlín hasta Buenos Aires, en forma de pregunta. Ya no se trataba de traducir una descripción pasajera en un libro de 450 páginas. En total desmesura de mi parte, se trataba de la posesión (mediante el recuerdo, la traducción, la escritura) de aquella ciudad.

Una traductora, sentada, con un texto, con sus materiales -la lengua, el diccionario, las ciudades- con las *condiciones materiales* de un contrato, en un contexto editorial, con la promesa de publicación y de paga, la recepción posible, los próximos trabajos, la inquietud por la legibilidad de lo que ha escrito -todos estos condicionantes materiales-, manda su pregunta desde la falsa autonomía del escritorio.

Ha pasado tantas veces, nada que recalcar: un traductor manda a un autor sus preguntas. Ein Kamm. No es solo un peine, piensa mientras aguarda la respuesta. Es una cresta, con sus puntas. ¿Una cresta de metal escamado? ¿Una línea de puntas metálicas cubiertas de escamas?

Una semana más tarde, un buen espacio de tiempo para las reflexiones, llega la respuesta. El autor ofrece solo una frase escueta: "Borre por favor 'escamado'". Nada más. El traductor, obediente al origen de la larga cadena de materialidades que hace posible la traducción, borra el término "escamado". Y sin embargo, esa noche no descansa con la satisfacción del trabajo cumplido. En esa larga cadena de materialidades, hay un eslabón más. Es el de la ciudad misma. Ese rectángulo donde el río, un edificio y unos hombres de metal que caminan por las aguas coinciden en un mapa, mostraba todavía un punto ciego. Al otro lado de la avenida, la torre brillante de los seguros Allianz se alzaba por sobre el estruendo del tráfico, detrás, una cresta de estructuras de vidrio a orillas del río. Esas palabras, palabras traducidas, sin objeto y sin recuerdo.